



LA ALHAMBRA

Paisaje y memoria

Organización:

Diputación Provincial de Granada. Gabinete Técnico de Presidencia

Centro de Investigaciones Etnológicas «Ángel Ganivet»

Presidente de la Diputación: José Rodríguez Tabasco

Director C. I.E.: José A. González Alcantud

Exposición:

Comisarios: Juan Manuel Barrios Rozúa y José Tito Rojo

Catálogo:

Edición: Diputación Provincial de Granada

© de los Textos: José A. González Alcantud, Juan Manuel Barrios Rozúa y José Tito Rojo

© de la presente edición: Diputación de Granada, 2000

Diseño: C.I.E. - Francisco de Paula P&V *diseño gráfico*

Preedición: Álvaro Mateo García

Impresión: Imprenta de la Diputación de Granada

I.S.B.N.: 84-7807-280-2

Depósito Legal: GR-679/2000

Printed in Spain - Impreso en España

A

costumbrados a ver la Alhambra como una joya del arte, en la perspectiva casi siempre unilateral de la historia del arte, y sugestionados por las evocadoras leyendas románticas de viajeros y eruditos locales, somos presas de todo lo que de propaganda áulica tiene la ciudad palatina y nos entregamos rendidos, sin un atisbo de crítica, a una visión formalista y a lo sumo funcional de su arquitectura. Todo lo que llegan a preguntarse los visitantes es cómo vivirían los afortunados moradores de aquellas salas regias, y en la imaginación recrean cuadros del pasado esplendor cortesano, de sus desfiles militares o de su vida religiosa. Sin embargo, la primera idea que debería prevalecer es que la Alhambra medieval constituye un claro ejemplo de segregación social planificada en clases y castas.

Como es bien sabido, la Alhambra no era simplemente un palacio, sino toda una ciudad áulica que seguía a menor escala los presupuestos de las destruidas ciudades palatinas de Madinat al-Zahra y Madinat al-Zahira, que a su vez heredaban una antiquísima tradición mesopotámica que los califas abbasíes habían retomado con singular esplendor en Samarra¹. La relación de la Alhambra no era, pues, la de un convencional

¹ GRABAR, Oleg, *La formación del Arte Islámico*, Madrid, Cátedra, 1988, pp. 189-195.

palacio hacia la ciudad que le rodea. La Alhambra dominaba Granada y marcaba las distancias mediante empinadas laderas sin edificar; compartía con ella una alcazaba, pero a su vez se parapetaba tras sus propias torres y murallas. Por supuesto que la relación de la ciudad áulica con la ciudad populosa era fluida, pero la Alhambra estaba preparada para ser autosuficiente. Más que para protegerse de enemigos extranjeros parecía dispuesta a defenderse de los propios granadinos; las guerras civiles que vivió el pequeño reino nazarí así lo demuestran.

Suele señalarse que en las ciudades medievales islámicas no se aprecia con claridad la división en clases, al menos con la nitidez de las urbes actuales; era difícil encontrar barrios ricos y barrios pobres separados unos de otros por tapias o accidentes naturales; los grandes palacios coexistían con viviendas más modestas señalando sus diferencias con la altura de sus muros y la monumentalidad de su arquitectura². Pero este no es el caso de la Alhambra que, al igual que todas las ciudades palatinas musulmanas, está edificada de nueva planta como una utopía clasista en la que cada cual está en el sitio que le corresponde socialmente. En la alcazaba vivían los militares con sus familias instalados en un barrio castrense, que se edificó en el espacio que quedaba entre las murallas, y en algunas de las torres mayores del recinto. El barrio, dividido en dos por una calle, contaba con viviendas de diversa amplitud en las que se delata el diferente rango de sus habitantes. De entre las torres destacaban la del Homenaje, que contaba en la parte alta con una cómoda vivienda con patio, y la de la Vela, en cuya parte inferior se situaba una mazmorra. Los militares disponían en la alcazaba de un espacioso baño, un aljibe, un gran silo, un horno de pan y de diversos almacenes en algunas de las torres, todo lo cual les permitía mantener su autonomía respecto al resto de la Alhambra y la ciudad.

² Véase el detallado análisis de las ciudades andalusíes de TORRES BALBÁS, Leopoldo, *Ciudades hispano-musulmanas*, (2 vols., con la colaboración de Henri Terrasse), Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores e Instituto HispanoArabe de Cultura, 1985.

El palacio de los sultanes, la llamada Casa Real, se encontraba hacia el centro del costado norte de la Alhambra; en realidad se trataba de varios palacios construidos en etapas sucesivas que formaban un conjunto claramente separado del resto de la ciudad palatina por la calle Real Baja, la cual estaba celosamente vigilada por soldados. El amplio e intrincado conjunto palaciego albergaba multitud de dependencias con funciones diversas: espacios de carácter representativo y ceremonial, salas y patios para el placer, habitaciones íntimas y confortables, oratorios, un baño, pequeños cuartuchos destinados al personal de servicio y puestos para la guardia. No faltaba incluso un pequeño cementerio privado para los sultanes en el que se hacía excepción en la costumbre musulmana de enterrar a los muertos extramuros.

La Alcazaba y las dependencias reales sólo ocupaban una pequeña parte de la ciudad palatina. El resto lo constituía un amplio barrio que se extendía desde la puerta del Vino hasta la torre del Agua y que hoy sigue siendo lo que se conoce peor de la Alhambra, pues queda mucho por excavar.

En este amplio espacio había dos zonas delimitadas con cierta claridad. Por un lado palacios de familias nobles o de importantes cargos de la administración que necesitaban estar cerca del sultán, dotados los mejores con patio, jardín, torre mirador y baño. Había también, sobre todo en la parte conocida como Secano, la más alejada de la Casa Real, numerosos talleres agrupados por gremios y viviendas humildes de artesanos, población industriosa que se extendía también a lo largo de la calle Real hasta la puerta del Vino, a lo largo de la cual había tiendas y tabernas. Toda esta población contaba con una amplia mezquita, baños públicos y otros elementos imprescindibles en una ciudad musulmana. Artesanos, tenderos, burócratas, cortesanos y militares darían a las calles de la Alhambra un ambiente abigarrado y vital, que hoy es muy difícil imaginar. Extramuros, al sur de la puerta de los Siete Suelos, se extendía el cementerio,



Puerta del Vino, fotografía de L. Martínez Julia. (Hacia 1900)

aún no excavado, en el que toda esta población enterraba a sus muertos.

Desde la proclamación del reino nazarí por Muhammad I el número de los pobladores de la Alhambra iría en aumento hasta alcanzar la cifra nada desdeñable de unas mil doscientas personas, sin contar la guarnición militar³. Es posible que el terremoto de 1431 y las guerras civiles paralizaran o invirtieran este proceso, a la par que restaban brillo a la vida en la ciudad cortesana. En cualquier caso, lo que sí parece comprobado es que cuando los Reyes Católicos entraron en la Alhambra ésta se encontraba algo descuidada en su conservación tras varias décadas en las que la guerra había empobrecido las finanzas del sultanado y a sus habitantes.

Un barrio de Granada

Conquistada Granada por los Reyes Católicos la Alhambra queda en una difícil disyuntiva. El concepto de ciudad palatina era ajeno a la sociedad castellana y todo parecía indicar a priori que el recinto habría de cumplir una nueva función. Sin embargo, los monarcas apostarán por una línea continuista en la que se aprecian tanto pretensiones utilitaristas como una especial atracción y sensibilidad ante tan extraordinario conjunto arquitectónico. Ese continuismo es evidente porque la Alhambra parecía destinada a seguir cumpliendo la triple función para la que había sido creada, aunque con nuevos moradores: recinto militar, residen-

³ LADERO QUESADA, Miguel Ángel, *Granada. Historia de un país islámico (1232-1571)*, Madrid, Gredos, 1989, p. 43.

cia real, y barrio residencial y artesanal. Sin embargo, la nueva realidad se irá imponiendo y demostrará que la Alhambra bajo la corona de Castilla no podía reproducir su anterior funcionamiento y necesariamente tenía que caminar hacia una progresiva e inexorable decadencia.

Fortaleza

La función de recinto militar *era* la que tenía unas perspectivas más prometedoras. En un principio el miedo de los cristianos viejos hacia la población morisca agrupada en el Albaicín justificaba que la Alhambra albergara un destacamento importante, superior a los doscientos hombres, el cual estaría seguro tras sus muros a la par que presto para descender a la ciudad y sofocar una rebelión. La tropa que se instaló en la alcazaba contaba además de sus sueldos con una serie de regalías para su abastecimiento y manutención que tenían por objeto hacer más atractiva su estancia en el recinto. Parece que la calidad y número de los oficiales y soldados destinados a la Alhambra fue importante durante los reinados de los Reyes Católicos y Carlos V, tanto por las cuestiones represivas antes apuntadas como por el interés de estos monarcas por la Alhambra, en la que ellos mismos residieron en alguna ocasión. Durante esos años se realizaron reformas para adecuar a los nuevos tiempos una fortaleza anticuada para la guerra con artillería. Estas obras no se limitaron a la alcazaba, sino que se extendieron a toda la Alhambra, en la que se acentuó la dimensión castrense. La propia distinción entre la alcazaba y el resto del recinto quedaría atenuada al derribarse la muralla de la puerta del Vino y al convertirse el barranco que servía de divisoria en una explanada gracias a la construcción de unos grandes aljibes⁴.

4 GARCÍA GRANADOS, Juan Antonio y TRILLO SAN JOSÉ, Carmen, «Obras de los Reyes Católicos en Granada (1492-1495)», *Cuadernos de la Alhambra*, 26 (1990), 145-168, pp. 148-150.

El rey Felipe II no mostró el mismo interés que sus predecesores por la Alhambra y parece que durante su reinado, antes incluso de la guerra de las Alpujarras, tanto el número como la calidad de los militares instalados en el recinto decayó, aunque será la derrota de los moriscos insurrectos y su expulsión del Reino de Granada lo que terminará de mermar el interés estratégico de la Alhambra⁵. Nada más llamativo para comprender su pérdida de valor defensivo que la plantación de alamedas en las laderas de la Sabika durante el segundo tercio del siglo XVII.

Las tropas que se destinan a la Alhambra no sólo tienen cada vez menos calidad y recursos económicos, sino que además van perdiendo paulatinamente las regalías de las que gozaban, lo que acentúa su tendencia a compartir su dedicación militar con otros oficios (artesanía, comercio y cultivo de pequeños huertos), a residir fuera de la propia Alhambra pese a que esto les estaba prohibido e incluso a comprar las guardias a los militares más ancianos. Para evitar estos abusos se dictaron reglas, pero fueron en general de muy limitada eficacia y a mediados del siglo XVIII nos encontramos con que de los cincuenta y siete miembros de la tropa sólo cinco vivían exclusivamente de su paga militar⁶.

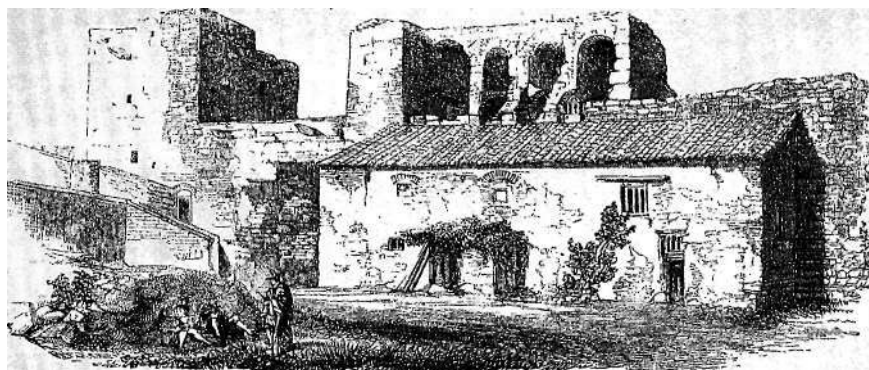
La guarnición no sólo estaba obligada a residir en la Alhambra, sino que también debían hacerlo sus familias. Para ello ya desde tiempos de los Reyes Católicos se habían habilitado viviendas en treinta y cinco de las torres del recinto y en el propio barrio de la Alhambra. Pero muchas de ellas acabarían siendo habitadas finalmente por otras personas, bien por familias que las alquilaban, bien por viudas de soldados fallecidos⁷.

5 VIÑES MILLET, Cristina, *La Alhambra de Granada, tres siglos de historia*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1982, p. 60.

6 VIÑES MILLET, *op. cit.*, pp. 29-86.

7 LÓPEZ GUZMÁN, Rafael, *Tradición y clasicismo en la Granada del XVI. Arquitectura civil y urbanismo*, Granada, Diputación Provincial, 1987, pp. 300-302 y VIÑES MILLET, *op. cit.*, pp. 83 y 189.

Si el destacamento de la Alhambra era de poca categoría, tampoco las funciones que debía afrontar eran de excesiva importancia y complejidad una vez desaparecida la amenaza de un levantamiento morisco. Las tareas a realizar no pasaban de custodiar los accesos y, al menos desde el siglo XVII, de vigilar a los presos que había encarcelados en la alcazaba. Estos presidiarios no eran muchos y por lo general se trataba de personas de clase alta tratadas con cierta deferencia.



Casa en la Alcazaba, litografía de Owen Janes. (Hacia 1835)

Sitio real

Tras la conquista de la ciudad la Alhambra pasó al patrimonio real y se convirtió en otra de las muchas residencias con que contaban los monarcas. Con una corte itinerante y sin capital estable, un sitio real tenía bastantes posibilidades de acoger a los monarcas durante alguna temporada. Los Reyes Católicos mostraron bastante apego por una ciudad que habían conquistado tras una larga guerra y que en aquellos tiempos además de populosa era justamente célebre. Por ello residieron en Granada en *varias* ocasiones y apostaron por construir en ella el panteón real; por ello también ordenaron obras de restauración en los palacios de la Alhambra que fueron llevadas a cabo por artistas de Córdoba y Zaragoza —no confiaban en los artistas locales por obvios motivos de seguridad—y adaptaron algunas de sus salas para vivir en ellas.

También residió en la colina roja Carlos V quien, más ambicioso, decidió construirse un gran palacio renacentista junto a las habitaciones de los sultanes y ordenó también que se arreglaran a su gusto algunas dependencias en torno al patio de Lindaraja. Sin embargo, los problemas de su vasto imperio lo alejarían para siempre de Granada y el palacio quedaría sin concluir. ¿Qué habría supuesto la conclusión de aquel edificio y la presencia esporádica del emperador en él? Sin duda la Alhambra habría sufrido una profunda metamorfosis, pues ¡a presencia militar se habría reforzado, muchos nobles habrían deseado construirse residencias cerca de la del emperador y un numeroso personal de servicio habría vivido en el recinto no sólo cuando el monarca estuviera allí, sino todo el año para tener la Casa Real preparada. La Alhambra habría vivido una segunda edad de oro, habría vuelto a ser algo parecido a una ciudad palatina, aunque sólo fuera durante algunas temporadas.

Los años en los que se trabajó intensamente en el palacio imperial debieron de conocer una Alhambra vital por la presencia de decenas o centenares de albañiles, y revalorizada por las magníficas perspectivas que presentaba para los que deseaban vivir cerca del monarca. No en vano, cuando tras el levantamiento de los moriscos las obras del palacio quedaron paralizadas, hubo voces que se alzaron reclamando su continuidad porque se corría el riesgo de que la Alhambra quedara despoblada.

Pero los principales problemas del imperio estaban lejos de Andalucía y los sucesores de Carlos V perdieron todo interés por Granada, una ciudad que tras la expulsión de los moriscos dejaba de ser un lugar de preocupación a la par que decaía como núcleo urbano al ver mermado su número de habitantes y su peso económico.

El propio palacio imperial se había estado construyendo con un impuesto pagado por los moriscos y, desaparecidos éstos, la continuación de las obras fue muy irregular hasta quedar finalmente detenida; el edificio quedó sin techar y convertido en alma-

cén⁸. En adelante la mayoría de los reyes españoles nunca se interesarían por la antigua capital nazarí, que había perdido su aura de nueva Jerusalén.

En consecuencia, el personal que quedaba al cuidado del sitio real era reducido y mostraría escasa continuidad, con lo que es muy difícil sacar conclusiones generales sobre la labor que desempeñaba⁹. A lo largo de la Edad Moderna podemos encontrar jardineros, arquitectos, contables, abogados o conserjes que gozaban de idénticas regalías que los militares y tenían la misma obligación de residir en el recinto. Parece que tanto los privilegios como las obligaciones fueron aplicándose con creciente laxitud conforme avanzaba la edad moderna de la misma manera que ocurría con la tropa.

El máximo responsable de la Alhambra era el alcaide, que tras la conquista castellana de la ciudad reunía en una misma persona las responsabilidades de Alcaidía y Capitanía General. Tan relevante función recayó en miembros de la familia Mondéjar, que gozó en el primer siglo del dominio castellano de un notable poder en todo el ámbito del Reino de Granada. En 1604 se segregó el cargo de capitán general del de alcaide, lo que supuso un duro golpe para la Alhambra como centro político y militar. El alcaide tuvo sus dependencias junto a la torre del Homenaje hasta el siglo XVIII, en el que parece se trasladó a la segunda planta del Mexuar¹⁰.

Población civil

La expulsión de todos los habitantes musulmanes de la Alhambra, nobles o artesanos, dejó reducida la presencia humana en un principio a la guarnición castellana. El

8 ROSENTHAL, Earl E., *El palacio de Carlos Ven Granada*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, pp. 134-160.

9 Véase VIÑES MILLET, op. c/t, pp. 129-138.

10 VIÑES MILLET, op. cit, pp. 42-51.

vacío lo ocuparían, sobre todo a partir de 1499, cristianos viejos a los que se cedieron inmuebles como compensación por su participación en la guerra de conquista o simples colonos a los que se atrajo en un deseo de repoblar el recinto". Estos colonos retomaron muchos de los oficios dejados por los musulmanes y dieron nueva vida a la parte de la Alhambra que no ocupaban ni el palacio real ni la alcazaba. La población creció rápidamente en un principio y luego lo hizo de manera más moderada hasta que en el segundo tercio del siglo XVII se produjo un leve retroceso en consonancia con lo ocurrido en Granada, debido a una serie de epidemias y malas cosechas¹².

En cualquier caso el número de moradores cristianos viejos fue inferior al de los andalusíes. Es bien sabido que los conquistadores se sentían incómodos en las pequeñas moradas musulmanas y que normalmente necesitaban agrupar dos o más para instalarse conforme a sus costumbres¹³. Es por ello muy dudoso que hubiera manzanas de casas que quedaran despobladas. La Alhambra estaría completamente ocupada¹⁴ —salvo el palacio del sultán, que al fin y al cabo procuraba conservarse en condiciones de habitabilidad—, aunque lo estaría con una densidad demográfica considerablemente menor.

Otra cuestión es la extracción social de los habitantes. Es evidente que una vez disipadas las expectativas de una presencia de la familia real los nobles que se hubieran

1 1 Hubo un primer intento de repoblación a poco de conquistarse Granada, pero parece que no prosperó y todo indica que fueron las revueltas mudejares de 1499 y 1500 las que animaron a reforzar la presencia de cristianos viejos con la instalación de colonos en la Alhambra (PEINADO SANTAELLA, Rafael Gerardo, «El repartimiento y el espacio urbano de la Alhambra de Granada según el fallido proyecto poblador del año 1500», *Cuadernos de la Alhambra*, 31-32 (1995-1996), 111-124, pp. 12-14).

12 Véase VINCENT, Bernard, «La población de la Alhambra en el siglo XVII», *Cuadernos de la Alhambra*, 8 (1972), 35-58.

13 LADERO QUESADA, *op. cit.*, pp. 36-37.

14 VINCENT, *op. cit.*, p. 42.

visto tentados de escoger el recinto como alojamiento se trasladarían a la ciudad baja. Los palacios nazaríes más allá de los que componían la llamada Casa Real irían deteriorándose poco a poco, habitados por gentes humildes. Es el caso del palacio de los Abencerrajes, cedido por los Reyes Católicos a Juan Chacón, contador mayor del Real Concejo, el cual pasó luego a personas industriosas que lo utilizaron para usos artesanales y que, careciendo de adecuadas reparaciones, llegó al final del siglo XVIII en un lamentable estado de conservación¹⁵.

Otro caso conocido es el de los Mondéjar, quienes en 1718 mandaron derribar su palacio y vendieron los materiales al verse obligados a abandonarlo por decisión de Felipe V, que los castigó por su apoyo a los Austrias en la guerra de Sucesión¹⁶.

Quienes habitaron mayoritariamente la Alhambra fueron gentes de extracción netamente popular tales como tenderos, sirvientes y artesanos (sederos, pasamaneros, albañiles, zapateros, sastres, etc.). La agricultura también estaba muy presente, no sólo porque hubiera algunos jornaleros, sino sobre todo porque muchos, incluidos militares, compartían su oficio con el cultivo de algún pequeño terreno o el cuidado de algunos animales de corral, los cuales estaban a menudo sueltos por las calles dándoles un aspecto semirural. La superficie cultivada procedía de los terrenos que hubieran sido tradicionalmente dedicados a ello, de los nuevos solares producto del derribo de edificios e incluso de pequeños rincones robados a las defensas militares pese a las prohibiciones expresas dictadas por el temor al daño que esto pudiera ocasionar¹⁷. Había también cármenes, más numerosos ahora que en la época musulmana, cuyos jardines

15 BARRIOS ROZÚA, Juan Manuel, *Guía de la Granada desaparecida*. Granada, Comares, 1999, pp. 130-131.

16 GÓMEZ-MORENO GONZÁLEZ, Manuel, *Guía de Granada*, (2 vols.). Granada, Imprenta de Indalecio Ventura, 1892, (ed. facs. con introducción de GÓMEZ-MORENO CALERA, José Manuel, Granada, Universidad, 1994), p. 126.

17 VIÑES MILLET, *op. cit.*, pp. 93 y 169.

mantenían un carácter a la par productivo que de disfrute¹⁸. En cuanto a los granadinos que no residían en la Alhambra, rara vez subían a ella, por lo que no contribuían a dar vida a las calles de la antigua ciudad palatina. No había en la colina roja ningún estímulo económico que animara a la gente a salvar la empinada colina, más allá de los arrieros que subían para depositar sus mercancías junto a la puerta del Vino. Además, la visita del palacio real y de la alcazaba estaba prohibida y de hacer efectiva esta limitación se encargaban los soldados, aunque la realidad es que el acceso al palacio no era difícil, al menos en fechas tardías. Los únicos días en los que la Alhambra bullía de vida eran aquellos en los que había una celebración, ya fuera ordinaria, como todos los primero y segundo de enero en los que se celebraba el Día de la Toma y las puertas se abrían al público, ya fuera extraordinaria, como las corridas de toros en una plaza de madera montada en la plaza de los aljibes o en el propio patio del palacio de Carlos V⁹.

Población religiosa

A la población civil, militar y administrativa había que sumar otros habitantes que carecían de precedentes en los tiempos islámicos, los clérigos. La antigua ciudad palatina contaba con la parroquia de Santa María de la Alhambra, la cual era atendida por un párroco que sería también el que ocasionalmente celebrara misa en la ermita del Santo Sepulcro, sita en el Secano, y posiblemente en alguna de las otras capillas existentes en la Alhambra, como la del Mexuar o la de la puerta de la Justicia. La iglesia contaba desde luego con una cómoda casa parroquial en la que viviría permanente-

¹⁸ Véase el estudio sobre los cámenes granadinos y su distribución en la ciudad de TITO ROJO, José y CASARES PORCEL, Manuel, *El cermen de la Victoria. Un jardín regionalista en el contexto de la historia de los cámenes de Granada*, Granada, Universidad, 2000.

¹⁹ VIÑES MILLET, op. cit., pp. 126 y 205-206.

mente el sacerdote. Pero el más importante contingente clerical era el de franciscanos. El convento de San Francisco de la Alhambra fue fundado por los Reyes Católicos en 1495 y fue en él donde tuvieron su primer enterramiento en tanto se concluía la Capilla Real. Los frailes adaptaron como casa conventual y oratorio un palacio musulmán en el que introdujeron algunas reformas, pero en 1507 la comunidad sufrió una crisis cuando la mayoría de los frailes se trasladó a un nuevo convento situado en la ciudad baja. No obstante los franciscanos de la Alhambra irían recuperando las bajas y a lo largo del siglo XVIII demostrarían una notable vitalidad al realizar importantes reformas y ampliaciones en el edificio. En sus mejores momentos la comunidad llegó a superar la nada desdeñable cifra de cuarenta miembros. El convento mostraba además una notable actividad económica.

Su huerta, la más amplia de la Alhambra, estaba dividida en seis paratas y contaba con abundante agua, lo que permitía proveer a los frailes de frutas y legumbres e incluso vender una parte de la cosecha en el mercado de la ciudad²⁰. Sabemos también que los frailes en fechas tardías instalaron telares y que incluso compraron para ese floreciente negocio —pues proveían de vestiduras a buena parte de los religiosos de la provincia— la inmediata casa de las Viudas²¹.

En resumen, la Alhambra cristiana tuvo un número de habitantes considerablemente más reducido que la ciudad palatina nazarí, unas quinientas personas frente al cerca de millar y medio de musulmanes que llegó a haber. La expulsión de sus antiguos moradores no llegó a ser compensada por los militares, funcionarios, colonos y frailes que a ella

²⁰ BARRIOS ROZÚA Juan Manuel, *Reforma urbana y destrucción del patrimonio histórico en Granada. Ciudad y desamortización*, Granada, Editorial Universidad y Junta de Andalucía, 1998, pp. 381-390.

²¹ ARGOTE, Simón de. *Nuevos paseos históricos, artísticos, económico-políticos, por Granada y sus contornos*, (3 vols.). Granada, Imprenta de D. Francisco Gómez Espinosa de los Monteros, 1807, (ed. facs. Granada, Albaida, 1985), pp. 70-71.

llegaron; además, su extracción social era en conjunto más modesta, lo que daba a la Alhambra el perfil de un barrio entre castrense y popular, industrial a la vez que apartado del bullicio de la ciudad de la cual le separaba una empinada pendiente que pocos tenían interés en salvar si no era estrictamente necesario.

EL ABANDONO DE LA ALHAMBRA Y LA GESTACIÓN DE LA IMAGEN ROMÁNTICA

Decadencia de la Alhambra

Paradojas de la historia, la época de la Ilustración será la de un lamentable deterioro para la Alhambra. La razón no estriba en que el arte nazarí no se atuviera al gusto clasicista de la época y fuera considerado "bárbaro", pues, antes al contrario, sabemos que la Academia de San Fernando era sensible a la belleza y al deterioro del monumento y mandó una expedición para estudiarlo y dibujarlo antes de que el abandono acabara con él²². Fue el acceso de la nueva dinastía de los borbones lo que provocó la caída en desgracia del conjunto arquitectónico dentro del patrimonio real.

Para empezar, los Mondéjar, que apoyaron al archiduque Carlos en la guerra de Sucesión, fueron expulsados de la Alhambra en 1717 y los puestos que ellos habían estado ocupando tradicionalmente serían desde entonces asignados a otras personas, algunas de las cuales mostrarían escaso apego a la Alhambra más preocupadas en utilizarla en provecho propio que en conservarla adecuadamente.

Las partidas presupuestarias para la reparación y mantenimiento del conjunto militar y palatino se redujeron drásticamente al apropiarse la Corona de los recursos destinados a

22 RODRÍGUEZ RUIZ, Delfín, *La memoria frágil. José de Herosilla y las Antigüedades Árabes de España*, Madrid, Fundación Cultural COAM, 1992..

obras²³. Los borbones se habían embarcado en la construcción de grandes palacios de estilo versallesco que demandaban inmensos recursos y es evidente que a la hora del reparto de asignaciones perjudicó a la Alhambra, un palacio situado lejos de todo punto neurálgico, algo incompatible para unos monarcas con mentalidad más centralista, y completamente anticuado para el gusto dominante en toda Europa en la época.

El nulo interés militar que tenía la Alhambra quedó en evidencia cuando en 1752 la guarnición fue sustituida por el cuerpo de Inválidos, en total ochenta hombres poco disciplinados y peor pagados que los viajeros describirán en sus libros como el contrapunto grotesco a la frágil belleza de la Alhambra²⁴. Con semejantes guardianes, el intrincado conjunto arquitectónico devino un lugar muy permeable que iría siendo valorado como un refugio idóneo por gentes marginales o dedicadas a actividades delictivas, aunque al parecer hubo alguna iniciativa para expulsarlos, como el derribo de casas muy deterioradas²⁵. En paralelo, el inexorable deterioro de la arquitectura debía ser disuasorio para que allí se instalara ninguna persona medianamente acomodada e incluso animaría a abandonar a algunas de las familias tradicionales que tuvieron la oportunidad de hacerlo. La antigua ciudad palatina se estaba convirtiendo, pues, en un barrio envejecido y marginal.

Consecuencias de la Guerra de la Independencia

La Guerra de la Independencia dio a la Alhambra nuevo interés militar, ya que, puestos a escoger, seguía siendo el lugar de Granada más apto para la defensa.

²³ Para disponer de dinero con el que efectuar algunas reparaciones se llegó al extremo en una ocasión de subastar material anticuado o deteriorado. VIÑES MILLET, *op. cit.*, p. 99.

²⁴ VIÑES MILLET, *op. cit.*, pp. 74-83.

²⁵ IRVING, Washington, *Cuentos de la Alhambra*, Granada,-Editorial Padre Suárez, 1965, p. 58.

La batalla de Bailén frenó durante dos años la invasión de Andalucía, y las tropas patriotas convirtieron la Alhambra en depósito de dispersos de los Reinos de Jaén, Córdoba y Granada. También la alcazaba se revitalizaba como prisión, pues allí fueron encerradas numerosas personas acusadas de colaborar con los franceses. Este intenso uso animó a emprender algunas reparaciones urgentes en torres y murallas²⁶.

El 27 de enero de 1810 las tropas galas entraban en Granada tras una vergonzosa rendición. Aunque la aristocracia y el alto clero secular los agasajaron, los franceses conocían bien la hostilidad de la mayor parte de la población y temían también el ataque de tropas angloespañolas. Por ello tomaron todas las alturas de la ciudad e iniciaron obras de fortificación. La Alhambra se convirtió en el eje de sus defensas y en ella se albergaron mil quinientos soldados, un elevado contingente militar que además de ocupar las usuales dependencias militares se instaló en el convento de San Francisco y en el palacio de Carlos V, donde para hacer hogueras con que combatir el duro invierno granadino se arrancaron puertas y ventanas.

La Alhambra estaba lejos de contar con unas condiciones militares mínimamente adecuadas, no sólo porque estuviera muy anticuada para la guerra moderna, sino también porque el deterioro de los muros, con numerosas grietas y derrumbes, la hacía demasiado porosas y frágiles. No es de extrañar, pues, que se afrontaran de inmediato obras de reparo y fortificación en los puntos neurálgicos del perímetro. Los añadidos contribuyeron a desvirtuar el perfil de muchas torres y puertas con esas aspilleras que pueden verse en todas las fotos antiguas. Pero lo peor es que para hacer estas obras con celeridad y mínimo costo se reutilizaron todos los materiales "disponibles" en la Alhambra, lo que sin duda incluyó el expolio de edificios sin uso, incluida

²⁶ VIÑES MILLET, *op. cit.*, p. 106.

alguna pequeña joya artística como la Torre de la Cautiva. Tampoco se recataron los franceses en utilizar el patio de Comares como almacén. Todas estas decisiones fueron tomadas personalmente por Sebastiani, el general al mando de las tropas en Granada, el cual suspendió la totalidad de los cargos del sitio real, incluido el de alcaide.

Sebastiani también ordenó realizar algunas obras menores en el palacio de los Leones, como la eliminación de parte del pavimento para plantar un jardín o reparaciones en los tejados²⁷. Estos trabajos quizás tuvieran algo que ver con la estancia de José I en Granada, pues dado que era el nuevo monarca de España el sitio real le correspondía como residencia. Sabemos que José Bonaparte quedó encantado de la ciudad y del trato recibido por la dócil aristocracia granadina, y que pensó instalar la corte en la ciudad, pero que sus planes se vieron desbaratados cuando hubo de marcharse precipitadamente al tener noticia de que su hermano Napoleón había convertido Cataluña en provincia francesa.

De todas formas la reutilización de la Alhambra como palacio habría sido un sueño efímero, pues la guerra pronto se torció para los franceses. Ante el empuje de las tropas patriotas los ejércitos napoleónicos decidieron evacuar Granada el 17 de septiembre de 1812, pero en su retirada detonaron numerosas minas para inutilizar las defensas estratégicas de la ciudad. La Alhambra se llevó la peor parte, pues el lienzo suroriental de la muralla, el comprendido entre la torre del Agua y la puerta de los Carros, voló por los aires. Parece incluso que la oportuna intervención de cabo del regimiento de inválidos José García impidió que la destrucción se hiciera extensiva a otras partes de la Alhambra.

Los franceses habían asestado a la vieja ciudad palatina el golpe más duro de su historia tanto por los graves daños ocasionados en las murallas, como por la destrucción de la

²⁷ La importancia que Irving da a estas obras es bastante exagerada. IRVING, *op. cit.*, p. 59.



Muralla con aspillera y Convento de San Francisco. (Hacia 1860)

mitad de las casas del recinto. En una inspección realizada al año siguiente de la retirada gala se pudo comprobar que los estragos eran grandes en las viviendas del Secano, como consecuencia de la voladura de la muralla inmediata y quizás también por el expolio precedente, y en las de la Alcazaba, el espacio más intensamente utilizado durante la invasión²⁸. El convento franciscano había quedado también en un penoso estado.

La Alhambra romántica

No deja de constituir una ironía que en el momento más bajo de la historia de la Alhambra, cuando ha degenerado en un rincón marginal de la ciudad y su arquitectura se halla sumida en el mayor de los abandonos, los viajeros extranjeros acudan a ella en peregrinación y la erijan en uno de los templos del romanticismo.

Tras la retirada francesa la Alhambra quedó más devaluada que nunca desde el punto de vista militar. Sólo la alcazaba es un lugar seguro, el resto del recinto ni es ni podrá ser ya nunca un lugar cerrado porque hay cuatro centenares de metros de muralla en completa ruina. Ni siquiera los enfrentamientos civiles del Trienio Liberal y la

²⁸ VIÑES MILLET, *op. cit.*, pp. 161 y 166.

primera guerra carlista conseguirán reavivar el interés por la fortaleza. La defensa con murallas es ya un concepto muy anticuado y los militares prefieren instalarse en cuarteles más abiertos y accesibles. A partir de la revolución liberal utilizarán los conventos exclaustros situados en la ciudad baja.

El cuerpo de mutilados continuará allí cumpliendo un papel sin relevancia. Para alojarlos se habilita un cuartel²⁹, ya que la destrucción de casas y el deterioro de las torres hace inhabitable la mayor parte de la Alhambra. El poco aprecio que se tiene por el recinto queda de manifiesto en que se fortalece su papel como prisión, pero ahora no de personajes relevantes, sino de presos de baja extracción social. Hacia 1830 se envía a la Alhambra una brigada de cincuenta presidiarios, más tarde ampliada a cien, para que realicen obras de consolidación en el recinto³⁰. Según descripciones de la época estos trabajadores forzados eran auténticos chapuceros que, al menos desde el punto de vista arqueológico, hacían más daño que bien, pues arrasaban con todo detalle decorativo en favor de la solidez. Esto es todo lo que estaba dispuesto a hacer el gobierno por el célebre conjunto monumental.

La invasión francesa había supuesto el golpe de gracia para la zona artesanal de la Alhambra, que venía arrastrando una existencia cada vez más lánguida, sobre todo a consecuencia del hundimiento de la industria de la seda granadina. Las voladuras de los franceses habían reducido a escombros buena parte del Secano, que quedó parcialmente abandonado. En consecuencia, la Alhambra verá como el número de familias civiles pronto es inferior al de las militares. Estas familias presentan además un progresivo envejecimiento. Para frenar la tendencia a la despoblación y convertir en

29 VIÑES MILLET, *op. cit.*, p. 86.

30 VIÑES MILLET. *op. cit.*, p. 107.

productivos los amplios espacios yermos que habían quedado en el recinto los responsables del patrimonio real mostraron interés por ceder terrenos a censo³¹, pero no obtuvieron éxito en sus pretensiones porque la Alhambra tenía poco que ofrecer a las familias de trabajadoras de aquella época y sí presentaba importantes inconvenientes. Se dará por ello la circunstancia de que mientras la ciudad crece en número de habitantes la Alhambra disminuye, a no ser que sumemos las brigadas de presidiarios que residen de manera forzosa. Y mientras la población industrial decae inexorablemente, crece el número de habitantes marginales que buscan residencia en aquel olvidado lugar o se dedican a actividades delictivas. Podemos imaginar que entre presidiarios, militares inválidos y gentes marginales el panorama humano que presentaba la Alhambra no era muy sugestivo. Sólo la mirada romántica encontrará un aliciente en el contraste entre esta miseria y el pasado esplendor del palacio nazarí.

La revolución liberal puso también fin a la presencia de los frailes franciscanos. Para 1835 el número de religiosos era de sólo veinticinco ya que la comunidad había sido mermada por las dos exclaustaciones anteriores. Expulsados los frailes, el edificio se destinará a almacén de artillería, uso peligroso al que sólo se dedicaban inmuebles de escaso valor situados en lugares poco poblados, lo cual nos habla por un lado del desprecio de las autoridades hacia la Alhambra y por otro del grado de despoblamiento que sufría el Secano. Por otra parte, la reforma parroquial de 1842, cuyo objetivo era racionalizar la distribución del clero secular en la ciudad en favor de los barrios más poblados y en detrimento de los menos populosos, también suprimió la parroquia de Santa María, que pasó a ser desde entonces ayuda de parroquia, con lo que la Alhambra perdió otro inquilino cualificado³².

31 VIÑES MILLET, *op. cit.*, p. 167.

32 BARRIOS ROZÚA, *op. cit.*, pp. 142-144.

Los diversos cargos que con cierta irregularidad habían existido en el sitio real de la Alhambra quedan ahora en papel mojado y hasta el propio alcaide de la Alhambra reside en la ciudad³³. Al cuidado de los palacios queda una familia, esa a la que Washington Irving tomó tanto afecto y de la que Richard Ford hablaría en términos bastante duros. Esta familia debe atender ahora a un creciente número de viajeros que desean contemplar las sugestivas salas orientales, de las cuales les impresiona el estado de abandono y ruina, hasta el punto que muchos tienen la impresión de que están visitando un monumento llamado a desaparecer en pocos años.

En resumen, la población de la Alhambra durante las décadas comprendidas entre la invasión francesa y la regencia de Espartero puede calcularse en unos trescientos individuos, aumentando o disminuyendo el número según residieran en ella más o menos presidiarios³⁴. Cifra sensiblemente menor cuantitativamente y muy inferior cualitativamente respecto a las de la edad moderna.

La Musealización de la Alhambra

El año 1847 marcará una inflexión en la historia de la Alhambra. La creciente preocupación por el patrimonio histórico, que se había traducido en el nacimiento de las Comisiones de Monumentos, tendrá su reflejo en la Alhambra con el nombramiento de Rafael Contreras como conservador y el comienzo de obras encaminadas a su conservación. Las restauraciones serán abusivas y fantasiosas en muchas ocasiones, caso de la reconstrucción de la Sala de las Camas o la elevación de cupulillas con azulejos de colores en el patio de los Leones y la sala de la Barca, lo que ha venido provocando

33 IRVING, *op. cit.*, p. 69.

34 VIÑES MILLET, *op. cit.*, p. 197.

duras críticas contra sus criterios a la par que se reconoce la importancia que tuvieron para la pervivencia de la Alhambra.

En las primeras décadas las obras se centran sólo en la Casa Real y determinan la incompatibilidad entre la conservación del monumento y su uso particular. Así, por ejemplo, nunca más se darán imágenes tan pintorescas como la de una taberna en el patio de Comares, ni será posible que viajeros residan en su interior como hiciera Washington Irving. Es el primer paso en la musealización de la Alhambra, aunque afecte a la zona menos viva del recinto.

Para los amantes del patrimonio histórico una Alhambra deshabitada durante la noche y poblada de turistas, arqueólogos e historiadores durante el día era el camino que debía seguir un conjunto arquitectónico único en el mundo y admirado por propios y extraños. Pero el trayecto no será fácil debido al problema de la propiedad. En 1869 las Cortes Constituyentes nacidas de la Revolución Gloriosa plantean un nuevo impulso a la decaída desamortización y deciden enajenar los bienes del patrimonio real. La sorpresa llegó cuando se comprobó que la Alhambra no figuraba entre los bienes que se reservaba el Estado y que por lo tanto las fincas de ese recinto que pertenecían al patrimonio real podrían ser subastadas. Las protestas unánimes evitaron que esto finalmente se cumpliera y lograron que esos bienes pasaran mediante un decreto ley al Ministerio de Fomento, que los puso bajo la salvaguarda de la Comisión de Monumentos³⁵.

Sin embargo, en aquellas fechas también se sancionó la propiedad privada de las fincas y casas que pertenecían a particulares dentro del recinto, lo que iba a ocasionar no pocos quebraderos de cabeza en el futuro, pues sería preciso ir comprándolas poco

³⁵ Decreto ley del 18 de diciembre de 1869. ÁLVAREZ LOPERA, José, «La Alhambra entre la conservación y la restauración (1905-1915)», *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada*, XIV/29-31 (1977), número monográfico, p. 31.

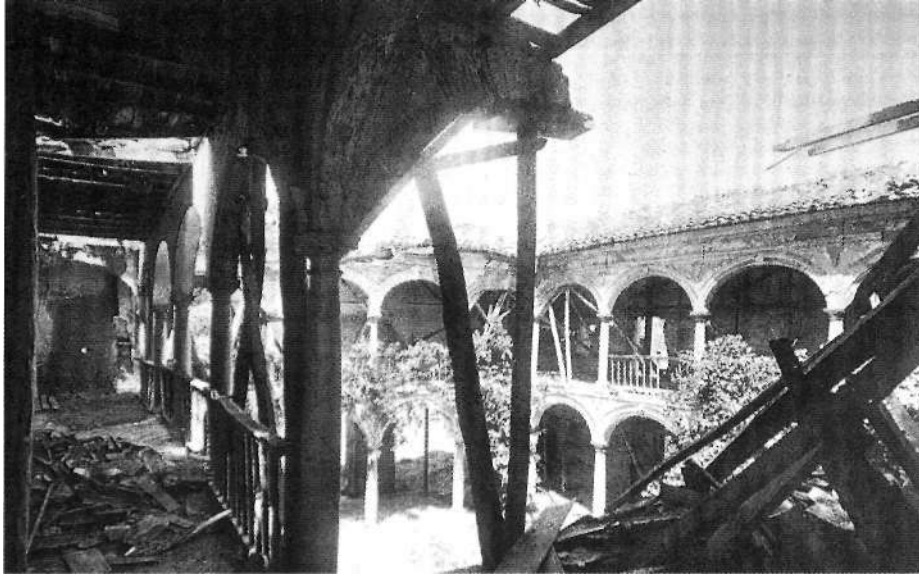
a poco, según permitiera la penuria presupuestaria. Los nuevos espacios adquiridos por el Estado, si eran de valor histórico y artístico, irían siendo restaurados según la metodología aplicada en la Casa Real, como ocurrió en 1876 con la torre de la Cautiva, que había servido durante mucho tiempo de vivienda particular³⁶.

Otro paso de enorme importancia en la despoblación de la Alhambra fue el traslado de la cárcel fuera del recinto. La prisión, dedicada a reclusos militares y con un lamentable estado de habitabilidad, se traslada en los años ochenta a las Torres Bermejas, con lo que se ponía fin a la presencia de inquilinos forzados en la Alhambra a la par que se hacía innecesario cualquier destacamento militar. Sólo quedarán los guardas encargados de la custodia del conjunto monumental, que ocupaban las torres habitables de la Alhambra y dedicaban buena parte de su tiempo más que a la vigilancia, al cuidado de animales de corral.

No obstante, en el último cuarto del siglo XIX y principios del XX algunas familias acomodadas van a hacerse cármenes en la Alhambra, sobre todo en la zona del Partal. Es esta la época del carmen regionalista, en el que el jardín ornamental gana el pulso al huerto productivo y muestra un mayor interés por el paisaje. La Alhambra es un excelente entorno para este tipo de carmen, pero hay otros factores aún más importantes que la hacen un lugar atractivo para familias de la burguesía local: la población depauperada ha abandonado el recinto, se llevan a cabo restauraciones en los palacios y el monumento goza de un inmenso prestigio en todo el mundo desde el romanticismo.

Cuando Rafael Contreras muere en 1888 la población que queda, al margen de los nuevos y extensos cármenes que están apareciendo, es sólo residual, pero, al fin y al

³⁶ÁLVAREZ LOPERA, *op. cit.*, p. 32.



Convento de San Francisco de la Alhambra, fotografía de Torres Molina (Principio del siglo XX)

cabo, una parte de la Alhambra sigue siendo un lugar habitado. Además, es aún mucho lo que queda por hacer para garantizar la supervivencia del maltrecho conjunto monumental.

Mariano Contreras seguirá el camino trazado por su padre aunque con una mayor afición a las excavaciones arqueológicas y menos presupuestos para poder elaborar restauraciones, lo que le llevará a apuntalar numerosos edificios e intentar garantizar así su pervivencia hasta tiempos mejores. Es el caso del antiguo

convento de franciscanos, abandonado por los militares en 1875 y del que dos años después hubo que expulsar a las familias pobres que allí se habían instalado porque el edificio amenazaba ruina, la cual se produjo tiempo después en la capilla, pero pudo frenarse en el claustro cuando su pérdida parecía inminente³⁷.

Cabe apuntar como hipótesis que de no haber una clara voluntad para ir avanzando en la musealización de la Alhambra, ésta habría visto aumentar el número de inquilinos pese a su mala conservación, a la vista del crecimiento que experimentaba la población granadina y la fuerte escasez de vivienda que estaba obligando a gentes

³⁷ BARRIOS ROZUA, *op. cit.*, pp. 384-386.

depauperadas a excavar cuevas en todas las laderas próximas a la ciudad. En 1891 la torre de las Damas pasa a propiedad pública por donación —aunque el propietario se lleva la valiosa techumbre de madera a Alemania—y otros solares y casas son adquiridos mediante expropiación en un lento goteo. El sucesor de Contreras, el controvertido Modesto Cendoya, comprobará lo difícil que es dar pasos más decididos en esta dirección cuando en 1915 la decisión de adquirir un buen número de inmuebles despierte airadas críticas entre quienes piensan que eso es malgastar un dinero que haría falta para hacer obras más urgentes de restauración³⁸.

A este arquitecto le correspondió trabajar en el acondicionamiento del recinto con la plantación de árboles en sus ralas alamedas, con la instalación de alumbrado, o con la restauración de las alcantarillas y desagües. Decididamente la Alhambra deja atrás su imagen de barrio depauperado y presidio para convertirse en un placentero paseo para el turista y el estudioso. Se piensa en cobrar entrada a los que visitan los palacios, un primer legado de libros sienta las bases de la biblioteca de la Alhambra y desde hace tiempo se especula con la posibilidad de concluir el palacio de Carlos V para instalar un museo dedicado al arte hispanomusulmán. A lo largo de la Dictadura y la Segunda República, ya con unos criterios más modernos de conservación, Leopoldo Torres Balbás abordará la definitiva restauración de todo el recinto³⁹. Pese a que todavía perviva algún inmueble de propiedad privada, la Alhambra ha dejado de ser definitivamente un barrio de la ciudad; ahora es un lugar para la memoria.

JUAN MANUEL BARRIOS ROZÚA

³⁸ ÁLVAREZ LOPERA, *op. cit.*, pp. 99-100.

³⁹ Todo ello estudiado en VÍLCHEZ VÍLCHEZ, Carlos Tomás, *La Alhambra de Leopoldo Torres Balbás / obras de restauración y conservación, 1923-1936*, Granada, Comares, 1988.